

En 1916 vino al país monseñor Gasparri, quien duró hasta 1920.

Hoy se halla vacante el puesto, y encargado el adjunto de la legación, monseñor Misuraca.

LUIS ALEJANDRO GAITAN
alumno de la Facultad de Derecho
de la Universidad Nacional.

Septiembre 16 1921.

A ORILLAS DEL CARIBE

(De un diario de viaje)

Los juegos de la resaca, el paseo vespertino por la orilla y el nocturno en el muelle, dieron con qué ocupar mejor este día memorable.

El crepúsculo es apaciblemente grandioso. Pierde el astro sus rayos, y antes de tocar en el límite de la rada, desciende hacia Tubará, por detrás del cerro Culpino, entre el banco del mismo nombre y la roca Robinson.

Pero es bajo cielos constelados cuando el mar revela el arcano de sus enigmas. Los reflejos siderales, las lóbregues remotas, la voz del viento, las dos inmensidades confundidas, embargan el alma. Y la idea de la divinidad le asalta con la magnitud del poder y el peso del misterio. «Yo soy—dícele—el Señor Dios tuyo, que conturba la mar y encabrita sus olas.» El es quien las llama y difunde sobre el haz del planeta, desenrollándolas como el volumen de un libro sibilino. Por aquella Sabiduría lós abismos fueron abiertos, y aquella propia Virtud los ha confirmado, disponiendo encima vereda muy segura al frágil leño del navegante.

Son ésas las aguas vehementes, camino del Altísimo, quien se apresura en carroza real sobre el estadio de la

tempestad y el torbellino. Cuán hermosas son las sendas suyas, estampa de sus vestigios y reflejo de sus miradas, que penetran las honduras y los corazones de los hombres! Esta es la obra de su fortaleza y campo donde pasea su dominio: sólo El lo ha medido. En su presencia la profundidad alzó las manos para aplaudirle, y dio el abismo voces de triunfo. Sus plantas lo han conmovido para siempre. Con su pensamiento lo aplaca o repréndelo, y hé aquí que las ondas van todavía huyendo amedrentadas al trueno de su amenaza. *Mirabiles elationes maris; mirabilis in altis Dominus.*

Cuna y sepulcro de continentes, teatro de horrores y glorias, tumultuoso o bonancible, forma un conjunto de desorden y armonías. En la cadencia de su reflujo remeda los tiempos, y en su amplitud la inexhausta eternidad. Es pavoroso símbolo de la muerte, no menos que imagen palpitante de la vida. Tal se muestra cuando retoza con agilidad de inofensivo corderillo, o con lengua versátil se relame: cuando «escupe la espuma,» en expresión del vate griego; cuando al rebotar en las rompientes finge rugidos de fiera encarcelada, aclamaciones de ejércitos vencedores, jadeos de atleta, dejos de mal reprimido sarcasmo, acentos de terror, sollozos entrecortados. Esto y más interpreta su cántico eterno, que Heine entusiasmado escuchaba una vez en las solitarias islas del Báltico, y aquí se repite con ritmo de vaivén y entonación iguales.

Hay en la contracción de sus garras alardes de desafío; en sus arrugas fruncimientos de ceño y visaje de fauces hambrientas. Ancho de brazos le describe el Salmista. Job le pinta hirviendo de saña y encanecido, *quasi senescentem*, juguete del Leviatán. El Sabio le compara con un ropaje, quizás recordando esos repliegues y sesgos de clámide inflada por el frenesí de las batallas. ¿Y a qué no habría de igualarle la musa pagana?

Si ondula, es Anftrite; es Tetis, madre de Aquiles, que hinche con aliento de ciclope sus turgentes senos. Si se encrespa, ved cómo a galope desatentado sacuden las crines los corceles indomables de Neptuno.

Agitada su mole por la mente divina, imita la confusión del caos; y en sosiego, los rasgos de su faz conservan el espanto del Apocalipsis, semejando la llanura cristalina que helada de pasmo se expandía ante el trono del Eterno: los ángeles vengadores han encadenado los cuatro vientos, y sobre la inmensidad estupefacta que al són de la trompeta segunda tragó la tercera parte de las naves, ahora una turba celestial de tañedores prelude el canto de Moisés, y el himno de la victoria del Cordero sobre el Dragón: «Grandes y portentosas son tus obras, Dios Omnipotente. Tus vías son justas y verdaderas, Rey de los siglos. ¿Quién, Señor, podrá no temerte ni ensalzarte? Que sólo en Tí hay piedad, y te adorarán las naciones, pues [tus juicios hanse manifestado.»

Stratum silet aequor. El huracán se ha extinguido. El intermitente fulgor de los fanales sigue proyectándose en el piélago soñoliento. La calma convida al reposo del cuerpo y del espíritu; y a mi pesar he de alejarme, conmemorando el *Extasis* de Pombo:

Esta sublime paz que me estremece,
Este silencio asombrador, profundo,
Más bien que una hora mundanal, parece
La vispera imponente de otro mundo.

JUAN C. GARCIA
Presbítero, B. A.